

MISCELÁNEA

NUESTRO RECONOCIMIENTO

La Prensa, la radio y el público han tenido para la aparición del BOLETIN, la mejor acogida. Pero no nos envanece el halago porque este primer contacto con la opinión pública nos ha afilado el sentido de la responsabilidad. El recuerdo de los viejos Extractos que, con sus Memorias meritisimas y sus notas, unas veces ingenuas y otras veces sabrosas, pasearon el nombre de la "Real Sociedad Vascongada" por todas las Academias científicas de Europa, se levanta, ante nosotros, como una estrella que indicara un camino. No se puede desfallecer mientras dure la jornada; hay que llegar hasta el final. Y el final, está muy lejos todavía.

Esto no obstante, como también se puede dialogar en marcha, y es propio de caminantes el saludar al paso, levantamos efusivos las boinas, para corresponder cordiales a los que nos han dado la bienvenida y ofrecer, a todos, el más profundo reconocimiento y la mejor amistad.



EL II CENTENARIO DE MAZARREDO

Se cumple en este mes de marzo —el día 8 con exactitud— el II centenario del nacimiento de don José de Mazarredo y Gortázar, el gran almirante de España. Vizcaya va a conmemorar su natalicio con la edición de un bello folleto biográfico debido a la pluma del ilustre marino don Indalecio Núñez. Se trata también de dar a la estampa un tomo con las cartas inéditas de Mazarredo que poseen sus descendientes y cuyo contenido político e histórico tiene un altísimo interés. Bilbao va, por fin, a dedicarle una lápida en la casa solariega en que vió la luz, sita en la calle Bidebarrieta.

Sin perjuicio de estos homenajes que la Junta de Cultura de la Diputación vizcaína va a rendir al bilbaíno señero nos creemos obligados a dedicar unas líneas siquiera en este *BOLETIN* al gran *Amigo del País* que fué Mazarredo, personaje humano de relieves sugestivos y nobilísimos.

Toda la vida del almirante está proyectada hacia una idea central: el servicio a la Patria. Este "caballerito" como casi la entera congregación de los que se agruparon en Azcoitia bajo las manos entrelazadas del *Iruurac - Bat* ardía en vocación de patriotismo reformista. La "España que nos desagrada" de la feliz evocación de José Antonio era el acicate constante de don José de Mazarredo en su incesante y afanoso trajinar. Veía él con angustia las mejoras técnicas de las escuadras rivales, el desarrollo considerable de las ciencias exactas y de los métodos de medición, las ventajas de la nueva táctica inglesa, la inmensa atención que en los países enemigos se prestaba a la Marina y pugnaba por obtener para España alivio o mejora en tales terrenos. Su lucha contra

la desidia, la rutina y la ignorancia fué algo titánico. Su valor cívico para enfrentarse con la cobardía servil que prefería —como siempre— la adulación a la verdad, era en realidad inverosímil, en aquellos tiempos. Cuando descansaba y pedía licencia o se alejaba temporalmente del servicio activo era para examinar con avidez, libros recién llegados de Francia o Inglaterra, Almanagues náuticos, Tablas astronómicas, tratados de física y química y para redactar informes, instrucciones, lecciones o cuadernos de ordenanza.

De una de estas fecundas retiradas —que duró cerca de siete años— y para la que recibió previo encargo expreso del Rey, redactó Mazarredo, recién promovido a general, sus célebres “Ordenanzas de la Armada”. Esta obra inmortal cuyo influjo y aplicación llega a nuestros días trayéndonos el aroma de los tiempos —no tan lejanos— en que España dominaba aún los mares del mundo, es, además de un cuerpo de sabia doctrina, un bellissimo monumento literario. Pues Mazarredo manejaba nuestro idioma a la perfección y lo dominaba con la precisión difícil del maestro. Las “Ordenanzas”, como muy bien observaba Indalecio Núñez en reciente artículo de “A B C”, muestran cómo no es obligado que la prosa oficial de las “Gacetas” y de los Reglamentos tenga que ser forzosamente mazorril, espesa y aburrida.

Pero acaso de toda la vida del teniente general los dos más bellos episodios sean aquel de su ida a París para negociar con el Directorio y el Primer Cónsul y aquel otro —en que con licencia en Bilbao— ha de intervenir para calmar los ánimos en el tumulto de la Zamacolada. En París, lleva una intensa y agitada vida, negociando como diplomático, discutiendo en los Estados Mayores y luchando como político contra el implacable avasallamiento de Bonaparte. Pero aún le queda tiempo para visitar observatorios, academias, bibliotecas y museos y aún enterarse de los procedimientos novísimos que un cierto abate Sicart empleaba para hacer entenderse a los sordomudos entre sí. Por fin llega la hora de hacerse fuerte frente a Napoleón y, Mazarredo, desamparado por el Gobierno de Madrid, se desanima y profetiza los males venideros. Allí se gestó la rota de Trafalgar y nuestro paisano eminente la predijo a los marinos del Directorio de tan escasa visión como arrogante petulancia. Hicieron tal impresión en el Primer Cónsul la decisión y las dotes del bilbaíno que cuando en 1808 decide en Bayona incorporarse a España y rodear a José, su hermano, de los mejores talentos del país piensa en el acto en Mazarredo para confiarle la Marina nacional. ¡Triste y tardío encargo!

Lo sucedido en la campaña de Albia, tan conocido de nuestros lectores vascogadados, no deja de ser impresionante por su ejemplaridad. Mazarredo era en Bilbao, cuando la Zamacolada estalla, un desterrado político aunque oficialmente estuviera sólo retirado y disponible. Godoy le odiaba, por la franqueza con que el vencedor de cien combates y redactor de la Ordenanza, le había denunciado los estragos que su política causaba en la Marina; Godoy en su vanidad se había hecho nombrar almirante de la Armada. Pero en su fuero interno sabía muy bien que la autoridad plena estaba de parte de Mazarredo. Cuando el bilbaíno pasó por Madrid, sin detenerse, en 1706, camino de su primer destierro al Ferrol, hubo un jubileo de personas que se llegaron hasta Aravaca (donde se detuvo el peregrino) a manifestarle su solidaridad.

Pues bien, para aplacar el motín feroz de las anteiglesias congregadas en Albia sólo piensan los angustiados Corregidor y Diputados Generales en el prestigio y la autoridad de don José de Mazarredo, el confinado bilbaíno. Prestos van a buscarle los emisarios a través de la ría y luego llega con su amigo don Mariano Luis de Urquijo, también todopoderoso un día y ahora odiado por

el dictador. Ambos se dirigen a la multitud enardecida —en la que había muchas mujeres según parece— y consiguen salvar las vidas de los amenazados de muerte. Mazarredo con su sola presencia y don Mariano Luis con su persuasiva oratoria disuaden a los aldeanos del crimen que intentan. Y Godoy, naturalmente, castiga a Mazarredo con un nuevo destierro...

Lo echaron materialmente fuera del servicio a la Patria. Pero él, pese a todo, se obstinaba en servir. Pasó por la amargura de contemplar la derrota prevista de octubre de 1805 desde el margen y sin poderla remediar en nada. Contemplaba entristecido los vaivenes de un país entregado a las mezquinas intrigas palaciegas mientras Europa iba quedando poco a poco, en manos de un sólo hombre.

Cuando en 1808 lo llaman para dirigir la Marina, ¿tiene algo de extraño que este hombre eminente, patriota irreprochable, se sienta rehabilitado en su fuero íntimo de una tremenda y vergonzosa injusticia? ¿No es perfectamente lógico que reaccione aceptando el cargo, con Bonaparte, pensando siquiera en salvar algo del gran desastre que amenazaba arrastrarlo todo?

La muerte, piadosa, se lo llevó en 1812. Primero se olvidaron de él. Luego poco a poco fueron exaltando su figura, los que le conocieron, los que se inclinaron ante su obra, los que contemplaron su recia silueta de honradez, de eficiencia y de patriotismo, al contraluz dramático del temprano ochocientos español.

La *Real Sociedad Vascongada de Amigos del País* recuerda en estas líneas la memoria del Teniente General don José de Mazarredo, ejemplo de marinos españoles y espejo de caballeros vascongados.

J. M. DE A.



ASAMBLEA DE CIENCIAS FÍSICO-QUÍMICAS EN GUIPUZCOA

Con el fin de iniciar los trabajos de organización de la Asamblea de Ciencias Físico-Químicas que, próximamente, se ha de celebrar en Guipúzcoa, han estado unas horas en San Sebastián, don Manuel Lora, Secretario de la Sociedad Española de Física y Química y del Instituto Alonso Barba del C. S. de I. C. y don José María Otero Nivascués, también Secretario de la docta Sociedad y del Instituto Alonso de Santa Cruz del C. S. de I. C. Puestos en comunicación con el Instituto Peñaflores y con los AMIGOS, como delegados del Consejo Superior, han esbozado el programa que, una vez aprobado por la superioridad, será hecho público. De no surgir algo imprevisto, las sesiones de la Asamblea se desarrollarán, en nuestra Ciudad, en los días 11 al 15 de junio próximo venidero; con ocasión de ella se celebrará una Exposición retrospectiva de la REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAÍS en la que se exhibirán recuerdos del Real Seminario Patriótico de Vergara y de sus trabajos científicos en los campos de la Física y de la Química. Habrá Memorias, Ponencias, Conferencias, visitas a talleres y fábricas y una incursión sentimental al campo de la Historia. En el último día, los señores Asambleístas irán a

Ascoitia a oír misa en la capilla del Espíritu Santo, del Conde de Peñaflovida, visitarán el viejo palacio de Insausti y, por último, irán a clausurar la Asamblea en el edificio que fué del glorioso Seminario Patriótico. La presencia en Vergara de los sabios modernos evocará el recuerdo de aquellos sabios del último tercio del siglo XVIII que con sus estudios e investigaciones hicieron de la villa guipuzcoana, la atalaya más avanzada de la Ciencia española. Los nombres de Ramón Munibe, de Proust, de Chavaneau, de Elhuyar resonarán de nuevo entre las paredes del Seminario.

Y nosotros, los AMIGOS de hoy, al consignar el hecho con emoción no disminuída, nos complacemos en expresar nuestro más profundo reconocimiento al Consejo Superior de Investigaciones Científicas representado por sus Institutos de Física y Química, por el homenaje que con su visita a Vergara van a tributar a los AMIGOS del siglo XVIII.



"FAUSTO" EN VERGARA

En el último tercio del siglo XVII, un hada buena tocó Vergara con su varita. Hasta entonces Vergara había sido una villa apacible, cuidada por el cariño de sus mayorazgos y aireada en la Historia por el esfuerzo de sus segundones. Pero el encanto de la varita le encendió la llama de una gran inquietud: ansiaba la Ciencia, no como pensamiento sino como acción—ciencia experimental—, y la buscaría por todos los rincones de Europa, para mostrarla hecha *Extracto*, experimento o lección, en las aulas de su *Real Seminario Patriótico* y proyectarla, desde allí, a la agricultura, la industria y la minería. Salvadas todas las diferencias, esta inquietud nos recuerda la del inmortal poema de Goethe; claro que aquí, pese a quien pese, no hubo pacto con el diablo, aunque es posible que, alguna vez—nuestro don Julio nos perdona—anduviera entre bastidores, o entre redomas, que para el caso es lo mismo.

Es el Conde de Peñaflovida, a la cabeza de los *Amigos del País*, quien prende la llama de la inquietud: el hada buena o, si se quiere, el Doctor del poema. Pero sus años, la familia y el cuidado de su hacienda no le permiten ir personalmente a buscar la verdad, la ciencia que ansía y envía, en nombre de los *Amigos*, a su hijo Ramón cubierto con la máscara de "socio viajero"; sin embargo, no lo acompaña Mefistófeles; por el contrario, es un Abate—jesuíta, quizá—, el Abate Cluvier, quien va con él. Pero la inquietud científica, la auténtica, es la del padre; desde su casa de Insausti da y pide constantemente explicaciones; quiere saberlo todo y, sobre todo, quiere saber el aprovechamiento de su hijo. El Abate se afana en seguir las instrucciones del Conde, en calmar sus impacencias y en infiltrar al hijo la curiosidad impresionante del autor de sus días; lo pasea por toda Europa, lo sienta a la mesa de los Embajadores y de los sabios; lo hace comparecer a la presencia de los Reyes, asistir a las clases de los profesores más acreditados y visitar las fábricas y las minas. Al principio, el *socio viajero* no parece demasiado interesado por los problemas; pero poco a poco se va contagiando del fervor científico paterno. Sus primeras caricias son para la Historia Natural por la que llega a interesarse vivamente a través del matrimonio Adanson. ¿No sería ella, Margarita?, ¿una Margarita al revés, seductora en vez de sedu-

cida?: "Il a une femme de 18 ans qui est sans contredit la plus belle et la plus jolie piece de son Cabinet", escribe al Conde, el Abate; y su hijo: "La madama Adamsson me hizo la honra de venir a desayunar a mi cuarto, luego tuve el gusto de acompañarla a su casa, de la cual no hubo forma de poderme desprender, a la noche fuí con la madama a la comedia italiana." Es muy posible que aquí, y pese a la presencia vigilante del buen Abate Clavier, Mefisto hiciera una de las suyas. Pero hágase el milagro aunque lo haga el diablo, y en el año 1771 se recibe en Vergara una carta del "socio viajero" recomendando la creación de un Gabinete de Historia Natural para el que envía dos cajones de minerales recogidos por él. Ya no ofrece duda; el hijo del Conde ha quedado prendido en las llamas del Poema; en adelante será un enamorado de la Ciencia.

Persiguiéndola llega a Upsal (Suecia), en el invierno del mismo año y escribe a los de Vergara dándoles cuenta del horrible frío que hace—50° bajo cero—; pero les advierte que los grados no son de la Escala de Reamur, única que ellos conocían, sino la del Profesor Celsius. Así fué como los *Amigos del País* tuvieron conocimiento del termómetro centígrado que más tarde pasaría a ser el termómetro universal.

Desde entonces, el *socio viajero* ya no descansa; en el mismo año envía a Vergara un laboratorio portátil y unas *Instrucciones* aprendidas de Engeston. El hecho es de una importancia fundamental no sólo para los vascongados sino para la ciencia española en general, pues se habla, en ellas, nada menos que del *soplete*, instrumento infernal, desconocido a la sazón en la península y que tanto había de contribuir al desarrollo de las investigaciones. Dice Fages y Virgili que "es muy probable que fuera Munibe el primer español que hizo ensayos analíticos sistemáticos con el soplete y casi seguro que fué él quien introdujo en España este método analítico". El Conde sonreiría satisfecho: sus anhelos se iban cumpliendo; el hijo, el *socio viajero*, se entregaba definitivamente a la Ciencia.

Pero, ¿andaría lejos Mefisto? ¿Quién lo sabe! No podríamos pensar, sin caer en malicia, que el joven Munibe se acordara de la joven esposa del profesor de Historia Natural que conoció en París, pero lo cierto es que de la Historia Natural ya no se olvidó. Los "*Extractos*" de 1772 anuncian el recibo de la primera parte de una obra titulada *Ensayo de Mineralogía* traducido del original sueco de Mr. Cronsted, por un Amigo del País. Es él, sin duda, Ramón, que cubierto siempre ante Vergara y los *Amigos*, por un velo, se abre todas las puertas de Europa; la Real Academia de Ciencias de Estocolmo, lo recibe en su seno; después, es alumno de la Escuela de Minas de Freyberg (Sajonia), el primer alumno español, al decir de Fages y Virgili. Y, de todas partes, da amplias y cumplidas explicaciones a su padre, para conocimiento de los *Amigos*. Sin embargo, la inquietud del Conde es cada día mayor, pero ya no es una inquietud científica, de anhelo de saber, sino de padre que teme perder al hijo. Nuestro don Julio Urquijo que con su sagacidad habitual es quien ha descubierto esta inquietud dramática, transcribe una carta cuyo es, el párrafo siguiente: "Por lo mismo si Vms. no me aseguran de ello, conceptuaré mis temores por una inspiración particular del Cielo. En este triste caso me vería precisado a cortar el viaje y a arrinconar a mi hijo, en donde jamás pudiese verlo: porque su presencia me sería intolerable. Dios me libre de esta tragedia que sería la más funesta que pudiese acaecer al amor vehemente que le tengo. Este es el que me sugiere todas las tristes ideas, este es el que no me deja pensar sino en hacer feliz y glorioso a mi hijo".

Forzoso es convenir que el tono epistolar del Conde adquiere, en esta carta, un grado de patetismo que hace pensar nos acercamos al final de un

acto del Poema dramático. Sin embargo, quizá buscando un claro-oscuro que dé más relieve a la última escena, Ramón Munibe vuelve victorioso del viaje de la Ciencia, se reintegra a su casa y en 22 de septiembre de 1773 es nombrado Secretario de la *Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*.

Ya lo tenemos, pues, al servicio del Colegio de Vergara en el que debía sembrar a boleto los conocimientos adquiridos durante su ausencia. Fages y Virgili considera "segurísimo" "que se dedicó a la enseñanza de la Física experimental, apenas explicada entonces en España y a la Mineralogía metalúrgica, no explicada todavía". La Villa de Vergara supo, pues, de primicias científicas en España, por boca del *socio viajero*.

El padre, y con él el país, podían estar satisfechos. Pero no, el Poema tiene que ser dramático a la fuerza. La juventud de Ramón estaba pidiendo el sacrificio. Y Ramón murió (1774). ¿De qué?; ¿la herida de un compás?; ¿qué tendría que ver con la herida, Margarita, pero no Margarita de Adansón sino otra Margarita de Viena?; ¿la Helena clásica, quizá? Misterio. El padre, el Conde bueno y ejemplar que había querido velar la personalidad de su hijo, durante su ausencia, para que no cayese en el pecado de la vanidad, quiso también velar la causa por la que perdió el hijo. Respetemos su sentimiento y digamos con él: Ramón Munibe murió de tisis a los 23 años. Bella edad para morir tuberculoso en un Poema en el que el padre, en nombre y representación de su pueblo, busca febrilmente la Ciencia experimental.

Pero por grande que fuera, y lo fué, el dolor del Conde, este hecho angustioso, terrible no era, en sí, más que un episodio, el final de un acto. El Poema tenía que proseguir para mejorar la agricultura del país y perfeccionar la industria y la minería, poniéndolas al nivel que permitieran los conocimientos de Europa. *Fausto* había leído, deduciendo a su modo el texto del Evangelio: "En un principio existía la acción". No era posible perderse en lamentaciones: había que obrar; y en el año 1777 el Colegio de Vergara se transformó en REAL SEMINARIO PATRIOTICO VASCONGADO.

Basta leer su Reglamento para darse cuenta al instante que ni el Conde ni los Amigos querían nada con Mefisto: a la mañana, ofrecimiento a Dios, de las obras del día y misa; a la tarde, rosario; y a la noche, un rato de lección espiritual y otro de examen; los sábados, doctrina cristiana, catecismo histórico e historia sagrada; y los primeros domingos de mes, confesión.

Los cursos del transformado centro docente se iniciaron según los planes previstos. Dos profesores prestigiosos, rebosantes de ciencia, vinieron de París: Mr. Luis Joseph Proust y Mr. Francisco Chavaneau. Proust, que luego había de alcanzar fama universal, no hizo, sin embargo, gran cosa en Vergara; pasó sus tres cursos, sin pena ni gloria; de todos modos dejó en los *Extractos* de la Sociedad una "Introducción al curso de Química" que contiene, a juicio de los técnicos, cosas muy estimables, para la época.

Chavaneau, en cambio, escribió el nombre de Vergara y el de la Sociedad Vascongada en los Anales de la Ciencia. Aunque se dedicó, también, a la enseñanza y estampó en los *Extractos* una "Introducción al curso de Física", no destacó por ello, pues ni su labor en clase debió ser meritoria ni la Introducción merece, por lo visto, estima mayor. Pero en el campo de la Investigación, puso muy alta la bandera: era un investigador, un hombre de laboratorio. Nosotros, los líricos, difícilmente podemos imaginarnos un laboratorio, mucho más si es del siglo XVIII, sin acordarnos de la magia. Y pensamos si no andaría Mefistófeles entre los matroces y las redomas.

El hecho es que el encanto se produjo: el resumen de Actas de la Sociedad de 1786 declara explícitamente, con sobriedad impresionante: "D. Francisco

Chavaneau, Profesor de Química dió parte del importante descubrimiento de haber hecho maleable la platina pura". Vergara y los Amigos se podían sentir orgullosos: un profesor a su servicio, y en los propios laboratorios del Seminario, había logrado purificar la platina. ¿Cómo? ¿Por qué procedimiento? Fages y Virgili, dice que lo ignora,, pues Chavaneau "lo tuvo en secreto que aun hoy no ha traslucido, o al menos no lo consignan los autores". Misterio. Es el encanto mágico del Poema que persigue la Ciencia experimental.

Pero antes de este acto que podíamos denominar tercero, hubo otro, el segundo, que aunque terminado mucho antes, empezó algo después; es el de D. Fausto Elhuyar, nacido en Logroño en 1755, hijo y descendiente de vasco franceses. En el año 1778, la Sociedad Vascongada, que no regateaba sacrificios para buscar la Ciencia, lo envió a Freyberg a que estudiara geología con Werner y después, a Upsal, en itinerario invertido al de su antecesor Ramón Munibe. El año 82 estaba, ya, de vuelta en Vergara. Los *Extractos* de este año, publican una Memoria sobre el método de fabricación de la chapa de hierro y hoja de lata según se practica en Sajonia. Pero la realmente transcendental para la Ciencia, no es esta Memoria, con serlo mucho, sino la inserta en los *Extractos* del año siguiente. Aquí nos encontramos otra vez con la magia, que no será magia de alquimista, pero sí de Poema: el descubrimiento del Wolfram por Fausto Elhuyar en unión de su hermano Juan José. "*Habiendo puesto otros 100 gramos de este polvo —dicen en la Memoria— en un crisol de Zamora, guarnecido con carbonilla y bien tapado a un fuego fuerte, en el cual estuvo hora y media, encontramos rompiendo el crisol después de enfriado, un botón que se reducía a polvo entre los dedos. Su color era gris y examinándolo con una lente, se veía un conjunto de globos metálicos entre los cuales había algunos de tamaño de una cabeza de alfiler, cuya fractura era metálica y de color de acero. Su pesadéz especifica era: 1: 17,6. Habiendo puesto parte de él a calcinar se volvió amarillo, con 24/100 de aumento de peso*". Ya lo tenemos; el encanto del Poema, ha dado su estrofa más bella: el wolfram ha sido descubierto en Vergara. Aleluya, aleluya. Mefistófeles ya no tiene nada que hacer, puede desaparecer entre gases manchados, por la campana de la chimenea.

Sin embargo, en el laboratorio de Vergara quedan las redomas para un cuarto acto del Poema; pero son unas redomas limpias y transparentes, de cristal; sin sombras mefistofélicas ni opacidades sospechosas. Basta leer el Ceremonial del *Real Seminario Patriótico*, del día de Corpus de 1782 exhumado por Juan J. de Mugartegui: "Se trae del laboratorio agua de olor para las chofetas y espíritu de vino para encender las mechas de ellas. También se traen de allí mismo seis redomas de cristal para ramos de flores que alternen con los candelabros: y tras el crucifijo se coloca un gran Jarrón de Plata del Director, con flores".

Por lo visto, el día de Corpus, la *Escuela laica* del Seminario Patriótico Vascongado levantaba un altar a su puerta, al paso de la procesión, y lo mismo que unas monjitas de la enseñanza, lo adornaban con las chofetas y las redomas con las que unos sabios habían hecho descubrimientos prodigiosos. No hay temor de Mefistófeles: aquí, nada tiene que hacer.

M. C-G.



No hay como llorarlo para tenerlo y en este primavera-verano—valga la paradoja—que disfrutamos, florecen, sino las cosechas, los monumentos.

El del Padre Vitoria, un tanto extramuros allá al final de la Senda que es paseo, pues los vitorianos no son aficionados a frailes tan rícos, espera que una fecha solemne le libre de la "camisa de fuerza" que parece haberle impuesto la actual contienda y deje al descubierto y a la intemperie, la figura tallada por el escultor Huertas. Posiblemente coincida esa inauguración con la del "Monumento a los Caídos" que ya rebasa, con sus planos funerarios, la valla pudentosa que esconde el trabajo de los artesanos. Y puede ser, que la doble inauguración vaya decorada con una exposición retrospectiva local, cuyos grabados y telas nos permitan recorrer días y calles de ayer.

También va imponiendo su silueta al linde del Camino de Lacua, la nueva Ermita de San Juan de Arriaga.

Ocupa el solar del antiguo recinto juradero, aduana de los Reyes de Castilla en Alava, y con motivo de las excavaciones despertó la ansiedad de nuestros investigadores, al saber que en el seno de una de las piedras extraídas dormían viejos documentos. Examinados resultaron ser venerables mejor que curiosos. Schedulas de erección con caligrafía del siglo XIII, de cuando se puso como primera piedra la que hoy se sacó.

Deseamos que con la Ermita vuelva el regocijo de aquellas mañanas de San Juan, que encendían cohetes la Correría, nuestra calle de Toledo.

Por segunda vez se ha cerrado el concurso de proyectos para erigir en lugar céntrico, una fuente monumental que perpetúe la nueva traída de aguas de Albina. Si nuevamente se declarase desierto, como deseamos y parece exigirlo el divorcio de lo presentado con la Ciudad y nos permitiesen una iniciativa, nos atreveríamos a proponer que en las condiciones del nuevo concurso, se establezca la que obligue a que los futuros proyectos encajen, arquitectónicamente, en el centro de nuestra maravillosa Plaza Nueva. Conseguida la adecuación que garantiza la estética, la nueva fuente podría erigirse en el lugar que ocupa el monumento a la Batalla de Vitoria y lograríamos, además del acorde urbano, evitar que hecho histórico tan importante se halle representado por viajeros del tren de la costa.

Por último, el Consejo Provincial de Cultura, acordó elevar a la Diputación, la iniciativa del malogrado y fervoroso investigador P. Eleuterio de la Inmaculada de los PP. Pasionistas de Agosto, para que en el Valle de Valdegovía, se perpetúe la "Junta de Hijosdalgo de la Hermandad de Valdegovía".

Un sencillo y esbelto obelisco a la sombra de la Torre de los Varonas, puede petrificar el acuerdo y recordar la organización y asiento de la añeja cofradía.

Entre tanta piedra, desde esta maciza y nueva Edad Media, el Excelentísimo Ayuntamiento se ha permitido un suspiro provincial, convocando a los trovadores hispánicos al Torneo de la Flor Natural, en unos Juegos Florales que engalanen nuestras fiestas veraniegas en honor de la Virgen Blanca. Bajo el dosel del torneo, se han propuesto y dotado numerosos temas, enunciados con singular acierto y que no detallamos por haber sido divulgados en la prensa diaria.

M. L.



LITOGRAFÍAS Y LITOGRAFOS

El País Vasco ha sido una región muy poco visitada por los artistas; en el siglo XVI, solamente algunos grabadores (Weiditz, Vecellio, Hogenberg y Hoefnagel) se ocupan de él para reproducir sus trajes; en el XVII, salvo los dos interesantes cuadros de Mendieta que se conservan en el Museo de Bilbao y en la Diputación de Guipúzcoa, apenas se pueden encontrar otras escenas o vistas de nuestra región, que las de Fuenterrabía y de la Isla de los Faisanes que grabaron los franceses con motivo de las bodas de Luis XIV y María Teresa de Austria; en el XVIII, es Luis Paret, pintor de Cámara del Infante D. Luis, el único que se inspira en nuestro paisaje para tomarlo como asunto de sus cuadros; y de sus pinceles salen una vista de Portugalete y otra del Arenal de Bilbao, que según una antigua "Guía de Forasteros de la Ciudad de Vitoria" estaban en la colección del Conde de Villafuerte y debían de ser muy apreciables pues añade "merecen compararse con las mejores obras de esta clase de los más sobresalientes profesores". Estos cuadros son probablemente los dos que se conservan en Inglaterra en una colección particular, figurando como vistas de Bilbao y de Olaveaga. De no haber pintado Paret un tercer cuadro, habrá que suponer que así es, y que bien en la Guía o en la colección ha habido un error, confundiendo Olaveaga con Portugalete. Salvo estos trabajos, unos grabados, también del XVIII, en los que se ve Bilbao desde el Convento de S. Francisco, y alguna que otra estampa suelta, no hay nada que refleje la fisonomía de nuestras villas y campos durante esos tres siglos. En cambio, en el XIX, y más concretamente a partir de la invasión napoleónica, cae sobre nuestra región y especialmente sobre Guipúzcoa un verdadero alud de artistas, predominando los litógrafos, por ser la litografía el arte que estuvo de moda en aquella época, hasta que otros procedimientos más rápidos y económicos lo desplazan en la segunda mitad del siglo. De los artistas extranjeros que se ocupan del país, son quizá los mejores, Sidney Crocker y Wilkinson, reproduciendo el primero, con preferencia, grupos de personas; y, el segundo, vistas de ciudades alegremente salpicadas de soldados. Ambos toman notas bastante exactas de los trajes populares y no incurren en las extravagancias de su compatriota Vivian o de los litógrafos franceses que colocan frente al Santuario de Loyola jinetes tocados con sombrero calañés, o tipos andaluces en la llanada alavesa que hace que para nosotros pierdan sus buenas estampas una gran parte de su encanto.

Los litógrafos extranjeros se fijan con preferencia en el puerto de Pasajes, y lo mismo los citados, que Carpenter (mejor pintor que grabador), Augusto Bry, Galibert, Bacler d'Albe y otros muchos, lo reprodujeron desde todos sus rincones hasta agotarlo.

Respecto a los grabadores españoles, hay muchos de los que no se puede hacer mención, pues sus estampas tienen al pie el nombre del impresor-editor pero no el del artista; son anónimas la mayoría de las muy interesantes que de Guipúzcoa publicó Múgica y la altamente decorativa que, de Pasajes tomado desde el alto de Capuchinos, dibujó y editó Echaz. De este mismo rincón se ocupó Regoyos registrando en una de sus originales litografías el esfuerzo de dos bateleras, así como el fecundo Vallejo que, desde el alto de Santa Ana, anotó con todo detalle, una vista de la bahía que publicó en la "Galería Militar Contemporánea".

De los artistas nacionales que se han ocupado de nuestra región, los dos creadores de estampas por excelencia, son los galaicos Villa-Amil y Pérez de

Castro. El primero, dibujante extraordinario y rapidísimo, tomaba apuntes al vuelo, llenos de notas aclaratorias, para luego rehacer los dibujos en su estudio, lo que hace adolecer a sus litografías con frecuencia, no de falta de belleza, pero sí de carencia de exactitud y por ello de un auténtico aire regional. Luego, numerosos artistas litografiaban estos dibujos, todos muy decorativos y acabados; siendo quizá la más bella de sus estampas del País, la grabada por Cicéri que representa el valle y Santuario de Loyola. El acuarelista, pintor y litógrafo Pedro Pérez de Castro es, sin duda alguna, entre todos los que toman nuestra región como asunto de sus obras, quien mejor capta el verdadero ambiente del campo vasco, su luz y sus bosques espesos, y si adolece de algún defecto es del de no colocar personajes o de hacerlo en muy corto número, dando con ello una gran sensación de soledad, aunque quizá esto mismo fuese intencionado en el autor que querría, de esta manera, recalcar el aire romántico y desolado de sus paisajes. Su dibujo es acabado, sus árboles están tratados con mimo y elegancia, y sus contrastes de luz y sombra hacen que sus trabajos sean dignos de la mejor firma. Su desahogada posición y el pasar largas temporadas en Lequeitio, Durango y Bilbao en casas de familiares de su mujer, una Ezpeleta, hija del Conde del mismo nombre, le permitió trabajar con toda calma y amar y conocer a fondo esta región; calma, amor y conocimiento que se refleja en sus obras.

Después de Pérez de Castro, cae la litografía de temas vascos en la más completa decadencia, pues si Delmas la emplea para ilustrar sus publicaciones, tan interesantes por recoger en ellas rincones y costumbres de Vizcaya hoy desaparecidos, son sus estampas muy confusas y pobres de dibujo, especialmente en las que se representan paisajes.

Este bello arte está hoy casi olvidado, pues requiere además de una rara habilidad, una paciencia inagotable, ya que el trabajo debe hacerse sobre una piedra de mucho peso y de difícil manipulación, y el artista debe ser, como se decía de Andrea del Sarto: "sensa errore", pues un trazo dado en falso, allí queda, ya que no es posible borrar nada de lo dibujado. Estas dificultades han pretendido eludirse haciendo los trabajos sobre ligeras planchas de zinc, pero los resultados obtenidos son muy inferiores a los que da la piedra, de grano mucho más fino y que admite por ello una interminable gama de matices. Sin embargo nunca faltan espíritus benedictinos para quienes un bello resultado justifica todos sus esfuerzos; y pronto, podremos admirar las inmejorables litografías que el alavés Carlos Sáenz de Tejada, tan conocido de todos por sus dibujos de "L'Illustration" y por sus carteles del Movimiento, está ejecutando en su casa de Madrid, tras haberse documentado ampliamente y tomado numerosos apuntes sobre el terreno. Merecen destacarse entre todas, una del Bilbao del XVIII vista desde el clásico alto de San Francisco, otra del Arenal de la misma ciudad, en el XIX; una, también de Bilbao, del atrio de Santiago, mejor enfocada que la que hizo Villa-Amil, y sobre todas, la bellísima de la torre de Loyola antes de ser encerrada en el estuche de piedra que le fabricara el arquitecto Fontana.

El lápiz que se paralizó al morir Pérez de Castro ha caído en mano maestra. Los amantes de las bellas estampas están de enhorabuena.

G. M. DE Z.



 LA HUELLA DE LEGAZPI

La radio nos envía la triste noticia de que la Universidad de Manila, de tan rancia solera hispana, ha sido destruída. Es de desear que lo que la guerra deshizo la paz lo rehaga.

En Zumárraga se han efectuado, en la torre donde naciera el pacífico conquistador de las Filipinas, Miguel López de Legazpi, obras de consolidación que aseguren su existencia por ahora. Es de esperar que pronto se emprendan las de restauración.

Que aquel deseo y esta esperanza sean pronto una realidad.



 EL BLASON DE LA ANTE-
IGLESIA DE GUECHO

Bajo este mismo título se publicó hace algún tiempo en RIEV (tomo XXVI, junio-septiembre 1935, pág. 553) el informe que a instancias de ese Ayuntamiento, dió don José de Rújula y Ochotorena, Marqués de Ciadoncha, en el mes de mayo de 1932, con motivo de las dudas que la citada Corporación tenía respecto al escudo que debiera usar, toda vez que por haberse empleado varios, se carecía de la certeza necesaria sobre cuál pudiera ser el verdadero, y era preciso fundamentarlo heráldicamente. Se agrega en esa publicación una nota bibliográfica de las obras y documentos consultados.

Tuve ocasión de examinar los datos reunidos en el expediente municipal que se formó con este motivo y desde luego, el acabado y erudito trabajo del señor Rújula aludido, en el que se hace historia detallada de la casa Guecho y sus entronques Asúa y Martiartu, para proponer el escudo que a su juicio corresponde. También llamaron mi atención los fundados informes de don Darío de Areitio, y don Juan Carlos Guerra.

Al Marqués de Ciadoncha no se le facilitaron datos del escudo que se halla encima de la puerta de la ermita de San Antonio de Martiartu, próxima a la Torre de su nombre, en la jurisdicción de la Anteiglesia de Erandio. Se halla labrado en piedra y es cuartelado, a saber: 1.º No se lee, por haberse borrado por la acción del agua; 2.º Un árbol—roble o pino—, pues no se distingue bien, con un lobo pasante; 3.º El mismo árbol con dos calderas pendientes de las ramas y dos cadenas a cada lado; y, 4.º Un lobo. Al pie del escudo y también en piedra aparece la siguiente inscripción: ESTA ERMITA HIZO HACER POR SU DEVOCION DON DIEGO DE ASUA GUECHO Y MARTIARTU, DUEÑO Y SEÑOR DE LAS MISMAS CASAS SIENDO DIPUTADO DE VILLA. EL AÑO 1658.

En la genealogía de los Martiartu de Erandio, que presenta en su mencionado trabajo el Marqués de Ciadoncha, nos dice que por casamiento de doña María López de Martiartu con Ochoa Ortiz de Guecho, nieta la primera de Martín Ortiz de Martiartu y Mayora de Zamudio, los cuales están sepultados en el enterramiento de la iglesia de Santa María de Erandio, que describe Labayru y el citado Marqués indica, se llegó a la unión de ambos linajes, repitiéndose en lo sucesivo varias veces. Esto da origen a que también hicie-

ran lo propio con sus armas, como a mi juicio ocurrió en el segundo cuartel del escudo de Santa María de Guecho, que aparece detallado en el trabajo a que me vengo refiriendo.

Analizando el escudo de la Ermita se deduce que el blasón de Guecho era el pino. Así lo dice entre otros, don Darío de Areitio, en un informe citado, unido al expediente, al que posteriormente se le añadió el lobo, pero sin calderas, tal como aparece en el citado cuartel de aquella Ermita. Este juicio, que en nada se opone a lo propuesto por el Marqués de Ciadoncha, lo corrobora con su autoridad don Juan Carlos Guerra en su segundo informe. En vista de todo ello, el Ayuntamiento adoptó para su escudo el siguiente blasón:

EN CAMPO DE PLATA UN PINO DE SINOPLE O VERDE CON LOBO NEGRO PASANTE LINGUADO Y BORDURA ROJA CON EL LEMA "CALTEA DAGIANAC BIZARRA LEOPOAN" en letras de oro.

Comparado con este escudo el indicado por el citado Marqués difiere sólo en que se suprimen las calderas y que se pone en el lema DAGIANAC, en lugar de DACANAC, palabra que equivocadamente facilitaron al señor Rújula, y que la toma a su vez de Ocampo. Pero al retocarse y limpiarse el escudo del pórtico de la iglesia de Santa María de Guecho, se vió al descubierto el lema y en él figura DAGIANAC y no DACANAC, como se creyó al principio.

El escudo adoptado por el Ayuntamiento que acabo de referir, se labró en piedra en el nuevo edificio consistorial, para que de esta manera se perpetúe en sus muros, ornamentando además su fachada. Respecto al lema he de hacer algunos comentarios.

Como consecuencia de unos artículos publicados en junio de 1927, se ocupó don Julio de Urquijo ("Euskalerriaren Alde". Refranes comentados, pág. 359), con bastante extensión, del lema de este escudo, haciendo una crítica de su significación. Sostiene con su autorizada opinión, que puede estar tomado de un refrán erudito de origen castellano, y para demostrarlo copia del Diccionario de Autoridades (1726) el consabido refrán siguiente: "traer la barba sobre el hombro". La leyenda de nuestro escudo la traduce de esta manera: EL QUE HACE DAÑO, TRAE LA BARBA AL HOMBRO, así como en la forma DAGIANAC, en vez de DACANAC. Con posterioridad de ese trabajo, en 1919, volvió a ocuparse el mismo señor Urquijo del modo citado, al publicarse su "Refranero Vasco" (Los Refranes de Garibay. San Sebastián. 1919. Tomo I, cap. III, págs. 19 y 22) reafirmandose en apreciaciones parecidas a los de su anterior trabajo.

También he visto en el expediente un informe en el cual se hace la traducción del lema en idéntica manera a la ya expuesta, agregando que el refrán castellano antedicho se usaba en el siglo XVI y que lo trae Quevedo en el "Buscón" y también Covarrubias.

Bilbao. Enero de 1936.

J. J. B. M. U.



DON TELESFORO DE ARANZADI Y UNAMUNO

El pasado mes de abril ha fallecido en Barcelona el conocido profesor don Telesforo de Aranzadi que tanto laboró en el terreno de la Antropología, Botánica y Etnografía nacionales, así como en las excavaciones prehistóricas de

nuestro país, enriqueciendo la literatura científica con notables trabajos de investigación y observación personal.

El notable antropólogo y naturalista, nació en la villa de Vergara el año 1860, contando a su muerte la edad de 85 años. El señor Aranzadi se doctoró en Farmacia el año 1882 y en Ciencias Naturales el año 1889. El año 1895, ocupó la cátedra de Mineralogía y Zoología en la Facultad de Farmacia de la Universidad de Granada y de allí pasó poco después a desempeñar la cátedra de Botánica descriptiva en Barcelona, de la que fué decano hasta 1907. El año 1920 fué nombrado catedrático de Antropología en la Facultad de Ciencias en la Universidad de la misma ciudad, cargo que ostentó hasta 1930, en que se jubiló.

T. Aranzadi, fué un notable antropólogo y etnógrafo y un no menos botánico que ha dejado un número importante de publicaciones en estas y otras ramas de la Ciencia. Pertenecía como miembro correspondiente a la Sociedad Antropológica de Munich, así como a diversas sociedades científicas extranjeras y nacionales.

La bibliografía de las obras de Aranzadi es muy extensa (véase "Bibliografía de las obras de don Telesforo de Aranzadi", por P. Garmendia. R. I. E. V. Enero - Marzo 1935) y de ella conviene destacar sus trabajos en colaboración con el profesor don Luis de Hoyos Sáinz, con quien publicó diversos volúmenes de Antropología y Etnografía. Sus artículos en revistas científicas son numerosísimos, pudiendo contarse solamente en la R. I. E. V. más de sesenta. Colaboró también con asiduidad en otras revistas regionales, así como en el "Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural"; en "Asociación Española para el progreso de las Ciencias"; en el "Archiv für Anthropologie"; en el "Bulletin de la Société d'Anthropologie", de París, y en diversas revistas científicas de Viena.

En colaboración con los profesores señores J. de Eguren y J. M. Barandiarán, efectuó diversas exploraciones de dólmenes en el País Vasco, entre los cuales hay que señalar los de Santimamiñe (Basondo y Cortezubi), dólmenes del Aralar, Urbasa y Atxun.

Como traductor, su principal obra es la de traducción completa de las obras de Guillermo de Humboldt, referentes al País Vasco, así como de diversos trabajos de Antropología y Etnografía de E. Frizzi y Haberlandt (M.). También fué corrector de la Enciclopedia Espasa en la cual dirigía todo lo relativo a Antropología y Botánica.

La obra de Aranzadi es importante y original, y en ella se trasluce la fuerte personalidad del autor, su espíritu crítico de investigador detallista, en muchos casos personal y mordaz, que recuerda su parentesco con otro ilustre escritor, don Miguel de Unamuno.

Los últimos años de su vida activa los había dedicado a sus exploraciones prehistóricas, siendo ésta su ocupación preferida durante los meses de verano en los cuales recorría las montañas del país.

Descanse en paz el ilustre vergarés que fué un "Caballerito" ilustrado de su época.

P. DE G.



ALGUNOS ASPECTOS DE LA ANEXIÓN DE
ABANDO A BILBAO EN 1890

El estruendo bélico que envuelve como una niebla nuestro caminar sobre la vida en estas horas azarosas, nos lleva de manera irresistible a retugiarnos en los hechos del pasado, desempolvando añejas memorias que con sutileza deliciosas contabilizaban sus ocios reales de vellón y dirimían sus querellas en forma elegante y señorial. Y no es nuestro propósito remontarnos muy atrás en la historia de nuestra Villa. Queremos situarnos en aquellos felices tiempos en que nuestros mayores tenían por costumbre para recreo y solaz de sus familias ir de campestre excursión a la Fuente de la Salud o al Arbol gordo, en elegantes carretelas, bajo sombrillas sedosas de brillantes coloridos, desparramándose luego, en animados grupos, por las verdes praderas que ocupan la zona urbana del hoy floreciente Ensanche de la Villa.

Sobre las antiguas casas de Banca de Gardoqui y más tarde de los hermanos Zubiria, se había fundado ya el Banco de Bilbao, aprobados sus estatutos en 1857, ante el notario D. Serapio de Urquijo, sufriendo sucesivas modificaciones para adaptarse a las disposiciones que fueron apareciendo; y ya sobre las antiguas ferrerías habían surgido importantes factorías como La Vizcaya, San Francisco y Altos Horno que más tarde, en 1902, había de fusionarse en la actual empresa Altos Hornos de Vizcaya. Era el fin del siglo del progreso, de la técnica, y de la electricidad que la Villa asimiló merced a su genio emprendedor y a la inteligencia de su técnica.

Ya en 1870 la necesidad del ensanche de Bilbao segregó a favor del Municipio bilbaíno una considerable zona del término municipal de la República de Abando. Veinte años más tarde se verificó, el primero de julio, la anexión total de la Anteglesia a la villa, fusionándose los derechos y obligaciones de ambos municipios en el de Bilbao. Y del 25 por 100 que en aquella fecha se hizo cargo el Ayuntamiento de la Villa del activo y del pasivo de la Anteglesia, se pasó a integrar en el Municipio bilbaíno la totalidad de créditos y deudas del Ayuntamiento de Abando.

El Ayuntamiento de Bilbao, siguiendo el criterio generoso y tradición honrosa, que de siempre le ha caracterizado, se dispuso a hacerse cargo de la totalidad de las obligaciones contraídas por el Municipio anexionado cuyo déficit era bastante considerable a pesar de la gestión de los beneméritos alcaldes que habían regido Abando y en especial del último alcalde señor Aldama. No es nuestro objeto profundizar ahora en las laboriosas gestiones a que dieron lugar las vicisitudes de la anexión, expuestas con laudable claridad en el informe que sobre la Deuda de Abando publicó el Ayuntamiento de Bilbao en 1892, siendo alcalde de la Villa don Carlos de la Plaza. Tratamos solamente de destacar algunas de sus múltiples facetas que revelan las curiosas cifras que entonces andaban en juego en los presupuestos municipales, derivadas en su mayoría, de las vicisitudes de la guerra carlista y de la generosa aportación con que los vecinos de entonces acudían a cubrir las necesidades patrióticas y municipales.

En el activo del Ayuntamiento de Abando en el año 1890, año de la anexión, figuraban las partidas siguientes que someramente pasamos a enumerar. Existencia en Caja en aquel entonces eran de pesetas 300,08 en el Ayuntamiento de Abando. En otros conceptos figuraban las cantidades devengadas y no cobradas de la Comisaría de Guerra por pesetas 51.022,72, producto del importe de suministros efectuados por el Ayuntamiento de Abando a las fuerzas cristianas durante la última guerra carlista en la que figuraban los suministros de

raciones de vino, carne, pan, cebada, paja, 753 libras de velas, carbón leña, raciones de etapa tocino alubias, etc....; el mobiliario tasado en 10.000 pesetas; también figuran, entre las fincas rústicas y urbanas propiedad del Ayuntamiento de Abando, 40.000 pesetas por el Hospital que fué de Abando y cuyo edificio quedó dentro de la jurisdicción de la Villa, al verificarse la primera anexión, en cuya liquidación de comparaciones aparece por reales vellón 87.179,40, o sean pesetas 21.794,85. En el concepto de deudores varios figuran partidas curiosas, como la adeudada por algunos vecinos, unos por "acometimiento a la alcantarilla en la calle Autonomía", pesetas 40; otros "por derechos y multa de una pipa de vino decomisada", otros por "arbitrios y almacenajes", otro por 16 pesetas "por gastos hechos por sacar un caballo del río Ibaizábal"; la Plaza de Toros de Vista Alegre por arbitrios sobre corridas: pesetas 200; la Diputación de Vizcaya por su parte en los gastos de festejos reales suplidos por la Anteglesia: pesetas 4.480,16. El Ayuntamiento de Bilbao, por la cuarta parte de los gastos de sostenimiento de la escuela de Ibaizábal durante el ejercicio 1880 - 90 por pesetas 446,32; y el mismo Municipio por su parte en los gastos suplidos por Abando en el barracón de coléricos de Burceña durante la última epidemia (se refiere a la epidemia de 1885), y otros varios.

En el pasivo, figuran el empréstito de 462 obligaciones de 250 pesetas cada una emitido por el Ayuntamiento de Abando el 31 de diciembre de 1880 con el fin de consolidar su deuda. La parte correspondiente a Abando y la liquidación de compensaciones por motivo de la anexión parcial de 1870; los préstamos hechos en metálico a la anteglesia por varios particulares con un interés que variaba entre el 5 y el 6 por ciento; los anticipos forzosos reintegrables realizados por los vecinos de la anteglesia durante la guerra última; el capital de un censo de reales vellón 27.250,66 igual a pesetas 6 812 60, impuesto en el Ayuntamiento de Abando por don Blas Landecho al 3 por ciento de interés, y varios créditos de acreedores diversos, en parte reclamados y otros no.

Con el procedimiento de reanudar los sorteos para amortizar las obligaciones emitidas por Abando el 31 de diciembre de 1880 consideró la Comisión de Hacienda de la Corporación municipal bilbaína la posibilidad de hacer frente al pago de los créditos reclamados juntamente con la reclamación a las autoridades de guerra de las cantidades devengadas por suministros durante la última guerra civil para el ejército de la nación y milicias y con otras varias medidas, formulando el Ayuntamiento de la Villa en 1892 sus conclusiones, contenidas en el informe sobre la deuda de Abando ya citado y que recomendamos al curioso lector bilbaíno para adentrarse aún más en el convencimiento de que la tradición honrada de nuestra administración ha tenido pródornos históricos de integridad profunda.

F. DE Y.



LAS CONFERENCIAS DE LA JUNTA DE CULTURA DE VIZCAYA

El ciclo de conferencias organizado por la Junta de Cultura ha tenido un verdadero éxito debido a los siguientes conferenciantes: el 4 de diciembre habló don Angel Taibó, catedrático de la Escuela de Ingenieros de Madrid, que disertó

sobre "La enseñanza moderna de la Geometría Descriptiva"; el día 13 de enero, el doctor Morales Oliver, catedrático de la Universidad de Sevilla, que estudió en su magnífica conferencia la poesía contemplativa en el "Cántico Espiritual", de San Juan de la Cruz, disertación que perdurará en cuantos la oyeron; el 16 de enero, el R. P. Justo Pérez de Urbel, dió una conferencia sobre el tema "Los vascos en la formación de Castilla", que será publicada por la Junta de Cultura y que consideramos como una aportación definitiva para la tesis de la repoblación de Rioja y parte de Castilla, después de la despoblación de Alfonso I. En efecto, el P. Urbel demostró que una gran parte de estos repobladores fueron cántabros y vándulos, siendo estos últimos en tan gran número que influyeron poderosamente en los patronímicos y en la topografía que todavía perdura y que sigue siendo estudiada.

La cuarta conferencia, que tuvo lugar el 21 de febrero, fué encomendada a don Pedro José Lucía, profesor de electricidad en la Escuela de Ingenieros de Madrid, que disertó sobre "El problema eléctrico en España"; conferencia de gran actualidad que despertó gran interés entre los numerosos ingenieros y personalidades de la técnica.

